

HISTORIA DE LOS NIÑOS MÁRTIRES TLAXCALTECAS

Beatos: Cristobalito, Antonio y Juan.

*Primicias de la Evangelización en México
(1527-1529).*

*Obra escrita por Fray Toribio de Benavente
(MOTOLINIA)*

*Beatificados por S.S. Juan Pablo Pp. II el 6 de
mayo de 1990.*

CAPITULO 1o.

***F*n que se refiere como el Niño Cristóbal recibió la Fe de Jesucristo y le evitó a su padre la adoración de los ídolos, exhortándolo para que mudara de vida; y se quitara de la embriaguez, con cuyo vicio podría tener una muerte desastrada.**

***F*n esta Ciudad de Tlaxcala había cuatro Señores Principales, que eran las esenciales Cabezas de ella, y en quienes recaía todo el Gobierno; por ser la Provincia dilatada, por cuyo motivo les ayudaban otros varios Señores a llevar el peso de él, de los cuales existen algunos hasta hoy día, y son conocidos por dueños de vasallos, como que así mismo viven algunos de éstos, y los sirven con el vasallaje y feudo**

correspondiente. Pero el de mayor distinción entre ellos todos, era Acxotecatl. Este tenía tres Mujeres muy nobles, de las que hubo cuatro Hijos varones. A tres de ellos pusieron en la Iglesia en calidad de pupilos, para que les enseñaran los primeros Rudimentos de Nuestra Santa Fe; pero el mayor, que era el más hermoso, y experto, y tendría de doce a trece años de edad (que lo hubo en una de las más principales SEÑORAS, y quien con exceso quería) lo ocultó dentro de su casa, teniéndole consigo, como lo hacían con sus hijos, muchos SEÑORES que todavía no acababan de salir de sus errores, y se mantenían en la incredulidad.

Pasados algunos días los Niños, que se estaban enseñando en la Iglesia, luego que conocieron los abusos de su Padre eran contra la Fe, y que se habían encontrado otros Parvulitos, que tenían ocultos sus respectivos Padres, para inducirlos a sus perversas costumbres, determinaron comunicarle al Religioso, a cuyo cargo corría su enseñanza tener en la misma situación Acxotecatl a su Hermano mayor. Oído esto por el dicho Religioso le pidió al referido Acxotecatl que trajera a su presencia al Niño, que ocultaba en su casa, lo que ejecutó inmediatamente; y a pocos días de estar en la Iglesia aprendiendo los rudimentos de nuestra Santa Fe, luego que estuvo impuesto en ellos, pidió el Santo Bautismo, y habiéndosele dado le pusieron por nombre Cristóbal.

Este Niño como hijo de principal era muy querido, y estimado de su nobleza, a cuya circunstancia se agregaba la de haber cogido con el mayor ahínco la Fe de Cristo, que se le imprimió en el centro de su corazón, con esto, y aprovechando de los buenos oficios que oía y observaba en el templo, comenzó a enseñar a los domésticos de la casa de su Padre, y a éste le persuadía, que dejara la falsa adoración de los ídolos y detestara la

culpa conteniéndose en sus vicios, y conociera que aquellos sólo eran imágenes del demonio; y no verdaderos dioses, y que de la embriaguez solía provenir una muerte desastrada, a más de acarrear este vicio grandes e innumerables pecados mortales.

También le decía, que creyera en el verdadero Dios y Señor de los Cielos, a quien por ser tan piadoso y misericordioso, debía acogerse, llamándolo con fe viva estando creído de que si así lo hacía le perdonaría los pecados que por su fragilidad había cometido contra su Divina Majestad, acusándose de ellos, y quitándose de las ocasiones, y precipicios, en que anduvo tanto tiempo descaminado en compañía de los demás que habían sido idólatras. Y para que más se alentase su Padre, y tomara los consejos tan saludables que le daba, le decía que todo lo que le tenía referido era nacido de la enseñanza y crianza que había tenido con su maestro el Religioso que lo educaba; pues éste con sus palabras era quien publicaba la verdadera Ley de Jesucristo, la que se debía creer, pues con eso quedaban alegres y satisfechos los corazones.

CAPITULO 2o.

Que trata como el Niño Cristóbal despedazaba, y destruía los ídolos de madera, y piedra, que tenía su padre, derramando el brebaje que había, quebrando los trastos de barro en que se fermentaba.

Acxotecatl, Padre de este Niño siempre tuvo el corazón empedernido y fue llevado de la ira, pues en él se había apoderado la maldita saeta del demonio, quien continuamente trabajaba en hacerle guerra, poniendo en ella todo su conato, no apartándose

de esta maldita vida, hasta que se envejeció en la culpa, sin advertir que ésta mata en gran manera y es la mayor perdición como después se vio; porque sin embargo, de que su hijo le persuadía con razones convincentes dándole consejos muy saludables, nunca los aprovechó; pues como dicen vulgarmente por un oído le entraba y por el otro le salía, sin que bastasen a rendir su duro y obstinado corazón, respecto a que todas las persuasiones que le hacían eran en vano y quedaban enteramente frustradas. Viendo Cristóbal que no obraban en su Padre ningún efecto los consejos que le daba, y que así éste, como los demás sirvientes no dejaban la adoración de sus falsos dioses (que permanecían todavía en su casa) llevado de una ira divina determinó demolerlos y destruirlos, lo que de hecho ejecutó, haciendo lo mismo con los demás trastos grandes donde estaba la bebida con que corrientemente se embriagaban así el dicho su Padre como los demás indios; siendo de admirar, que aunque fueron tres o cuatro las ollas que había llenas de brebaje las consumían entre todos en una noche, porque hasta este extremo llegaba su embriaguez.

Sentidos los indios que le servían a Acxotecatl de haberles destruido a sus ídolos, fueron a darle la queja diciéndole: Has de saber, SEÑOR, que como tu hijo Cristóbal ha quebrado y destruido a tus dioses y nuestros, y que cuanta bebida ha encontrado y encuentra toda la derrama, con lo cual te pone a bochornos, y a nosotros nos avergüenza, nos aniquila, nos maltrata, y nos echa tierra en los rostros, y aun en tu presencia contra ti nos levanta con los mayores atrevimientos.

Esta queja no tan solo fue dada por los dichos, sino también por una Señora llamada Xochipapalotzin, que era la madre de uno de aquellos tres Niños, hermanos de Cristóbal, que se estaban enseñando en la Iglesia, nombrado Bernardino, ésta inflamaba el corazón, y

precipitaba el ánimo de Acxotecatl con el fin de que matara a su primogénito Cristóbal, para que con la muerte de éste entrase su Hijo en la sucesión de su caudal y Señorío, como en efecto así se verificó.

Más el niño Cristóbal sin embargo de saber el odio, y Enemiga que le profesaban, y de consiguiente que estaban trazando su muerte, no por eso se atemorizaba ni dejaba de darle consejos a su Padre, ni a los demás de su casa, dirigidos a cesasen en la adoración de sus ídolos y aborreciesen el pecado; y sin poderse contener los arruinaba y destruía, siguiendo con el mismo tesón, a hacer lo propio con los trastos en que estaba la bebida, derramando cuanta hallaba.

CAPITULO 3o.

Que trata cómo Acxotecatl determinó matar a su hijo Cristóbal, y el modo con que lo comenzó a poner por obra.

Acxotecatl, como que ya estaba con el ánimo irritado por los malos consejos, y sugerencias, que le había dado Xochipapalotzin, determinó darle muerte a su hijo Cristóbal, sin que bastase para desistirlo de la empresa, ni su inocencia, ni su puericia; y últimamente ni el amor paterno, que aun las fieras más horribles tienen a sus hijuelos; sino que con el más obstinado corazón trató de ejecutarlo en los términos que paso a exponer.

Al efecto mandó llamar con sigilo a sus cuatro hijos, con el pretexto de que quería hacer una función en su casa; y habiendo llegado los metió en una de sus piezas que era la más oculta, y en ella asió a Cristóbal y les dijo a sus hermanos que se saliesen a la calle, como así lo ejecutaron. Estando en ella oyó Luis los gritos y sollozos, que daba Cristóbal, y como lo quería entrañablemente ,

se subió a la azotea por una cocina, que pertenecía a su casa, y desde allí observó, que su Padre asiendo de los cabellos a su amado hermano lo azotaba contra el suelo, dándole furiosos golpes en todo el cuerpo y martirizándolo de esta manera con la mayor crueldad.

Sin embargo después de este martirio no murió el niño Cristóbal, aunque parece que debía en lo humano haberle faltado los alientos vitales, por lo cruel, e inaudito de él, y habérselo dado un hombre tan fornido, corpulento, y terrible como era Acxotecatl; pero Dios sin duda le dio el esfuerzo para que padeciera otros tormentos mayores, como después se verá.

Todo lo referido me lo expresó en los mismos términos que aquí llevo relacionado el citado niño Luisito quien así mismo me aseguró haberlo visto y oído los sirvientes de su casa. Y yo el Padre Fray Toribio Motolinía conocí al expresado Acxotecatl.

CAPITULO 4o.

De cómo Acxotecatl enfurecido apaleó con un leño de encino al Niño Cristóbal, quien en medio de este martirio no dejaba de llamar a Dios.

Habiendo visto Acxotecatl, que no había sido bastante el martirio que le dio a Cristóbal, para quitarle la vida lleno de mayor furor e ira por no haber logrado su diabólico intento, poseído del rencor y mala voluntad que le tenía, tomó un leño de encino grande y grueso, con el que comenzó a darle furiosos golpes en todo el cuerpo, quebrándole los hombros, brazos y manos con que se defendía la cabeza. Y fue tan atroz este martirio, que no le quedó buena parte alguna de su cuerpo; pues por él todo vertía arrollos de sangre; mas en medio de esta congoja no dejaba de llamar a

Dios nuestro Señor, así en lo interior de su corazón, como con las más expresivas voces, diciéndole: Señor y Dios mío dadme esfuerzo para poder pasar por tu amor este martirio, y si quieres que me muera hágase en mí tu Santísima Voluntad mas si es tu gusto que viva, favóreceme y ampárame librándome de la ira y furor con que me esta atormentando mi Padre.

Dicen los que presenciaron este caso, que cansado el feroz e inicuo Acxotecatl de aquella fatiga que había tenido con Cristóbal, lo largó y que éste viéndose libre, no obstante de estar de la manera que va referida solicitaba salirse del cuarto donde se hallaba; pero fue en vano su diligencia porque hallándose allí aquella alevosa e infame mujer de Xochipapalotzin le estorbó la fuga, que pretendía, que si se hubiera verificado es regular, que el inocente Niño se librara del último martirio, que por la fe de Cristo padeció y en el que vino a perder la vida.

CAPITULO 5o.

Que trata de cómo la Madre de Cristóbal luego que supo el martirio que estaba padeciendo su hijo, ocurrió a favorecerlo.

Luego que tuvo la noticia la Madre de Cristóbal del martirio que su estimado Hijo estaba padeciendo y de hallarse casi en los últimos períodos de la vida se quedó sin aliento, embargadas las acciones, los sentidos trocados, y con la mayor congoja, y opresión de corazón que le causó semejante nueva: por lo que (no obstante de estar distante la casa de su habitación de la de donde se estaba ejecutando tal crueldad) sin reflejar en que se hallaba con sus carnes descubiertas, llevada del amor materno, que profesaba a su Hijo, echó a correr sin

detenerse en parte alguna hasta llegar a verlo, y hallándolo en tan miserable estado, tirado en el suelo, vertiendo copiosas lágrimas y clamando con las más expresivas voces a Dios Nuestro Señor, determinó levantarlo (haciéndole halagos y cariños) para llevárselo consigo; mas no se le logró su piadoso intento, porque como estaba presente el maldito de su marido Acxotecatl, quien era el mayor enemigo de ambos se lo impidió con la mayor fiereza.

Viendo la afligida y lastimosa Madre de Cristóbal que no había conseguido el fin que deseaba, resentida de la aspereza y seguridad con que Acxotecatl se lo había estorbado, comenzó anegada en copioso llanto, a decirle de esta manera. ¿Por qué matas al inocente de mi hijo? ¿Cuál fue el motivo para que con el ejecutes tan inaudita crueldad? ¿Qué precepto tuyo ha quebrantado? Pues lo has destruido y puesto de esta manera, siendo como es hijo tuyo, tu sangre, rama y pedazo de tu corazón, primero quisiera yo que me hubieras quitado la vida; que haber llegado a ver semejante martirio, como el que le has dado al único hijo que parí. ¿Por qué razón lo has aniquilado y ultrajado de esa suerte? ¿Acaso ha sido por los consejos que te daba? pues que éstos no merecen el que lo hayas puesto en tan triste y lamentable situación, que está en términos de faltarle ya el vital aliento de la vida. ¿O fue porque como inadvertido hizo alguna travesura con la pluma, tizne o pintura? ¿No harías las mismas travesuras cuando eras pequeño? ¿Pues cómo ahora te has mostrado su mayor y más cruel enemigo? Déjame que lo levante para llevármelo; y si no mátame a mí, y cesa de atormentarlo siquiera por ser una criatura tan tierna.

Lejos de hacer el más leve movimiento en el corazón de aquel malvado hombre estas razones, por el contrario le sirvieron de mayor ira y enojo, pues hecho una

sangrienta fiera arrebató a la Señora de los cabellos, y tirándola contra el suelo, le dio furiosos y repetidos puntapiés, en tal conformidad, que la dejó desmayada e inmóvil, no satisfaciéndose su encono hasta que de cansado la dejó; hecho esto mandó a algunos indios, que la sacaran y se la llevaran, como en efecto así lo ejecutaron; lléndose la citada Señora con el corazón atravesado de dolor al considerar el martirio que estaba padeciendo su amado Hijo; no sintiendo el tormento, que ella había sufrido, sino el que su inocente Niño padeció.

CAPITULO 6o.

De cómo Acxotecatl mandó echar al fuego al Niño Cristóbal, poniéndolo algunas ocasiones de pechos, y otras de espaldas, y después de haberlo sacado de la hoguera le dio de puñaladas.

Habiendo visto el infernal y diabólico Padre de Cristóbal, que sin embargo del cruel y riguroso castigo, digo martirio, que le había dado, se alentaba un poco y procuraba tomar algún resuello; no obstante de estar tan herido y maltratado, mandó que pusieran una hoguera encendiéndola con suficientes cáscaras de encino (que es la madera de que usaban en aquel tiempo los sujetos más principales en sus casas y la demás consisas, y ardor en su llama) que juntaron con la posible brevedad, y luego ya que el fuego había tomado incremento y estaba con la mayor voracidad, arrojaron en él al Niño poniéndolo en diferentes posturas, ya de pechos, ya de espaldas, para que con igualdad se quemara, con cuyo espectáculo causaba mucha compasión, atendiendo al exceso con que se ejecutaba el martirio; pero en medio de él no desmayaba el fuerte Niño sino que siempre estaba llamando con ahínco al

Omnipotente Dios y Señor del Universo.

Unos son de parecer, que cuando sacaron al Niño del fuego ya era difunto. Otros que cuando entró su Padre dentro de la casa, a tomar una espada para acabar de quitarle la vida entonces falleció; y otros dicen que no lo acabó de matar con la espada, sino que fue con un puñal, y yo informándome de algunas personas, por desear saber la realidad del caso me aseguraron por verdad que su Padre buscaba la espada que tenía la cual se sospechaba que se la quitaría a algún español, o que éste se la daría; y lo cierto es; que nunca encontré, ni vio tal espada.

CAPITULO 7o.

Que trata de la Bienaventurada y dichosa muerte que le sobrevino al Niño Cristóbal, dimanada del martirio de fuego que padeció.

Cuando sacaron al Niño del fuego lo cubrieron con una tilma o manta, y estaba tan firme, y conforme con la voluntad de Dios, que perseveró invocando su Santo Nombre, y ofreciéndole aquel martirio tan grande que había padecido. Cerca de medianoche sería cuando lo quitaron de la hoguera, y el resto de ella lo pasó sufriendo con paciencia los dolores que le causaban las heridas, desconcertaduras de miembros, y ardores originados por la voracidad del fuego que con que lo había atormentado su maldito Padre, y llegaron a tal extremo, que apenas podía mover los labios para articular palabra, por estar tan desmayado y faltarle ya el aliento.

Luego que amaneció mandó, que le llamaran a su Padre, y habiendo llegado, le dijo de esta suerte. ¡Oh

Padre mío! ¿Imagina vuestra merced o se persuade a que estoy enojado por el martirio, que he recibido? Pues no es así; sino que me hallo muy gustoso rendido y humillado por el beneficio tan grande, que con el se me ha hecho, y por haber logrado por su medio mayor honor, que cuantos vuestra merced tiene. Dicho esto pidió, que le dieran una poca de agua para beber, y en lugar de ella le ministraron un tecomate de chocolate, y habiéndolo tomado entregó su alma al Omnipotente e Inmenso Dios, y Señor de cielos y tierra.

Al instante que expiró este Niño ordenó su infame Padre, que en un rincón de la casa junto a una pared, que era el lugar más oculto le dieran sepultura, como de facto así se ejecutó, notificando a todos sus sirvientes, que no revelasen el caso y conminándolos con las mayores amenazas, a fin de que guardasen el secreto correspondiente, haciendo lo mismo con sus otros hijos (que eran los que en la Iglesia se estaban instruyendo en los primeros rudimentos de nuestra Santa Fe) **para que no contasen el suceso a persona alguna, porque si se divulgaba y llegaba a noticia del Capitán, que por este título era conocido el Señor Marqués del Valle, lo mandaría sin remedio a ahorcar.**

CAPITULO 8o.

De cómo Acxotecatl mandó que le quitaran la vida a la Madre del Niño Cristóbal.

No satisfecho el maldito y alevoso Acxotecatl con haber matado al inocente Niño Cristóbal; sino que hallándose todavía renuente y apoderado de su diabólica ira; multiplicando a cada instante su rencor (con el cual se aúnan y anudan más las culpas y temiendo por una parte, que se publicara el homicidio tan cruel,

que había ejecutado y por otra parte, que la Señora Tlapalxilotzin, que era la Madre del citado Niño, como resentida por haberla maltratado) lo divulgara. Para evitar este daño, que se le preparaba ordenó que la llevasen a un pueblito que lindaba con la estancia de Quimichucan previniéndoles a los que la habían de custodiar, que luego que llegasen al sitio referido, le quitasen la vida con el mayor secreto y sin que nadie lo supiese, sepultándola en lo más oculto del paraje.

Pero yo no pude conseguir saber con realidad cómo ejecutaron esta muerte, ni con qué instrumento: Y solo digo, que el expresado niño Cristóbal está enterrado en el pueblo de Atlihuetzía, que era donde tenía su Padre la casa de su morada.

CAPITULO 9o.

De cómo se supo la muerte del Niño Cristóbal, y **Acxotecatl fue ahorcado en Tlaxcala.**

Uando el alevoso Acxotecatl estaba muy confiado de que se hallaban ocultos los atroces delitos que había cometido en haberles quitado las vidas, a su Mujer y a su Hijo, permitió Dios, que se llegara a publicar cumpliéndose en esta parte las palabras del santo Evangelio: *Nihil est Opertum quod non reveletur, etc.* Que dicen: No hay nada oculto, que no se sepa y así sucedió, porque habiendo los indios de Acxotecatl enemistados con un español, que solía transitar algunas ocasiones por su Pueblo, sin hacerles perjuicio, ni darles motivo alguno, se fueron a quejar de él, con su Señor, suponiéndole varias calumnias e imposturas. Oída su acusación, pasó Acxotecatl en compañía de los que se suponían ofendidos al lugar donde residía el citado español, a quien maltrataron en tanta manera, que le fue preciso valerse

de la fuga, dejando en poder de Acxotecatl todo el oro y ropa con que se hallaba, dirigiendo su jornada (sin hacer mansión ni detenerse en parte alguna, ni aun para dormir por llegar con más prontitud) a la ciudad de México, reflejando no haberle hecho agravio alguno.

Luego que llegó a la dicha Ciudad se presentó ante el Gobernador o Justicia, querellándose en forma contra Acxotecatl por haberlo vejado y quitándole todo el oro y demás bienes que poseía. En vista de esto, se mandó expedir mandamiento a un español, que era vecino de Tlaxcala y ejercía vara de Justicia, para que procediera a la aprehensión del reo. Y como éste era uno de los más distinguidos en aquella Ciudad y en quien recaía el Gobierno de sus cuatro Cabeceras se hizo el caso muy ruidoso en México y causó la mayor novedad; por cuyo motivo tuvo a bien el citado Gobernador, comisionar en calidad de Juez a Martín Calahorra, español y vecino de esta Capital (hombre de arreglada conducta y desempeño en los asuntos que se le confiaban; pues procedía en ellos administrando la Justicia con imparcialidad) dándole poder bastante para que pasase a practicar las diligencias de estilo, tomando las providencias que tuviesen por convenientes y castigando como correspondía al agresor.

Habiendo llegado el Juez comisionado a esta ciudad de Tlaxcala en puntual cumplimiento de su Comisión, procedió a formar al delincuente su respectiva causa pasando a averiguar el delito y encontrando la certeza de él, por el careo que hizo entre el actor y el reo, ordenó que éste le devolviera a aquél el oro y demás bienes que le había quitado, consolándole e intimándole que no hiciera aprecio de las demás ofensas, que contra él había hecho Acxotecatl.

Estando éste con el mayor contento, pensando que

con la citada resolución quedaba enteramente libre de castigo alguno, por haber con la prisión purgado su delito sin que sobre el particular pudiera tener otra resulta; pues esperaba salir de la captura en que se hallaba: Comenzaron a saberse así los graves excesos que había cometido, como los homicidios que perpetró en su Mujer e Hijo y de hecho se encontró la verdad del caso en los mismos términos que va referido arriba.

Luego que la sumaria estuvo enteramente substanciada, en estado (previa la averiguación y demás diligencias conducentes) pronunció el citado comisionado Calahorra sentencia en grado de vista condenando al reo a la pena ordinaria y dio cuenta con el proceso al Gobernador de la Cohorte de México, quien se sirvió confirmar en todas sus partes la expresada sentencia y devolverlo al Juez actuario para su ejecución.

Habiendo recibido dicho Juez la causa juntar a cuantos españoles pudo, así para que guarnecieran la Ciudad, como para que custodiaran el reo, para llevarlo al suplicio, temeroso de que no hubiese un levantamiento o sublevación respecto a lo muy estimado que era de todos Acxotecatl; a los muchos parientes que tenía y que era de linaje más noble de los tlaxcaltecas. Habiéndolo sacado para poner en práctica el castigo a que estaba sentenciado: sin embargo de ser ya hombre de madura edad; pero fiado en las fuerzas que le asistían por lo muy fornido y corpulento que era; no temía ni se atemorizaba de la pena, que era preciso sufriera por sus delitos: sino que con el mayor vigor esforzaba y avergonzaba a los dichos tlaxcaltecas. ¡Oh tlaxcaltecas parientes y compatriotas míos! ¿En qué pensáis o por qué sufrís el que de esta manera me llevan a ajusticiar? ¿Qué hacéis que no estorbáis la muerte tan afrentosa, que voy a padecer? Pero fueron en vano estas reconvenciones, que les hizo, **porque de facto ejecutaron en él la expresada**

sentencia **AHORCÁNDOLO SEGÚN ESTABA MANDADO: y no solo pagó con su vida los alevosos homicidios que había hecho; sino que es de creer, que su alma se fue al INFIERNO, en donde eternamente arderá y padecerá, por haber muerto en su idolatría y sin el agua del Santo Bautismo.**

CAPITULO 10o.

De cómo fue traído el cuerpo del Niño Cristóbal a Tlaxcala donde está sepultado.

A continuación de lo que va referido, se supo cuál era el lugar donde había sepultado el horrible Acxotecatl al Niño Cristóbal; y al instante determinó un religioso llamado Fray Andrés de Córdoba, pasar acompañado de muchos indios tlaxcaltecas, así principales, como plebeyos, a conducir el bendito cuerpo del citado Niño. De facto así lo ejecutaron y encontraron en él las mayores admiraciones, **pues habiendo pasado más de un año que se hallaba enterrado, vieron que estaba enjuto y sin corrupción alguna.**

Luego que lo trajeron lo depositaron interinariamente junto a un altar donde se celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, en tanto se acababa de fabricar la Iglesia de Santa María. Y yo el autor de esta historia Fray Toribio Motolinía digo: Que trasladé los huesos del bienaventurado Niño a la expresada Iglesia.

CAPITULO 11o.

De cómo se debe estimar en gran manera el Martirio de este Bendito Niño.

Me regocijo en sumo grado y veo con estimable aprecio el Martirio y Muerte de este bendito Niño, pues merece conservarlo en la memoria, así por haber vivido libre de toda malicia por lo pequeño que era como por las excelencias con que fue adornada su persona; pues ni aun en aquellas diversiones, que suelen tener los que se hallan como él en la puerilidad apetencia, a que se agrega haberle sufrido estando en lo más tierno de su edad y tan recién bautizado; siendo de admirar, que nunca puso su mira a otra cosa que no fuera el servicio y aprovechamiento de la Ley de Dios, guardándola inviolablemente e instruyendo en ella a su Padre, deudos y domésticos. Pero aunque con su doctrina sembraba la mejor semilla, nunca pudo coger el fruto, que deseaba, porque lejos de conseguirlo se le convertía en duras y agudas espinas.

Dos cosas hay, que tengo por grandes y dignas de la mayor estimación en el martirio y bienaventurada muerte de este Niño. La primera es la constancia con que desde que comenzó a padecerlo hasta que rindió su espíritu y entregó el alma a su Creador nunca dejó de implorar su Santo Nombre, con las más expresivas y eficaces palabras. La segunda, que el motivo por el que lo sufrió fue por haber destruido los ídolos, aconsejando a su Padre que se apartara de su adoración y abrazara la verdadera Religión; que viviese arregladamente aborreciendo el pecado con lo que lograría que quedase destruido y aniquilado el Demonio. Y finalmente por haber derramado el brebaje, que encontraba con el fin de evitar que las gentes no se embriegasen, ni cometiesen más culpas contra Dios, y de consiguiente porque no les asaltara una súbita e infausta muerte, por ser la bebida el origen de los vicios, la destrucción y perdición de las personas ¿Cuál fue la causa del famoso martirio que padeció Santa Cristina por mano de su padre Urbano? sino que a semejanza de nuestro niño

Cristóbal destruía y asolaba sus falsos dioses, como se hallará en el Catálogo de los Mártires, que murieron por la Fe de Cristo, según se advierte de sus vidas, que en él se registran. Y así el que sufrió este nuestro Mártir es semejante al de la citada bienaventurada Santa.

No dejará alguno de pulsar la duda o decir, que en este Niño no había rayado el uso de la razón; pero no fue así; porque sin embargo de ser tan pequeño estaba tan experto e instruido en nuestra Religión; como aquél, que se arroja a dar la vida por Dios, con el pleno conocimiento de que va a padecer por su Majestad y a adquirir con este hecho el título de Mártir.

Y la solución de esta duda se puede dar con el Martirio que sufrieron los niños Inocentes, quienes eran tan pequeños, que no podían hablar palabra alguna para alabar el santo Nombre de Dios, mas como se hallaban sin mancha de pecado, en el tránsito de sus muertes lo confesaron.

Infinitos de estos niños Mártires y aún más pequeños han padecido el Martirio hasta morir por Jesucristo; y nuestra Santa Madre Iglesia los estima y tiene por Santos, contándolos entre los demás, como a San Agapito, San Vito, San Celso, San Víctor y Santa Frisca; que todos vivieron poco tiempo.

Todo lo referido lo escribió el Padre Fray Toribio Motolinía y yo Fray Juan Bautista lo traduje al idioma mexicano dividiéndolo en varios capítulos, para que no les sirva de molestia a los que leyeren esta historia.

**HISTORIA DEL MARTIRIO Y MUERTE QUE
PADECIERON DOS NIÑOS PRINCIPALES
DE TLAXCALA NOMBRADOS ANTONIO**

Y JUAN, LA CUAL ESCRIBIÓ EL REFERIDO PADRE FRAY TORIBIO MOTOLINIA Y TRADUJO EN EL IDIOMA MEXICANO EL PADRE FRAY JUAN BAUTISTA, AMBOS RELIGIOSOS DE LA CITADA ORDEN SERÁFICA.

CAPITULO 1o.

De cómo los Niños Antonio y Juan se ofrecieron ir a Oaxaca con dos Religiosos de Santo Domingo.

A los años de haber fallecido el famosísimo y bendito niño Cristóbal: caminando para la gran Provincia de Oaxaca Fray Bernardino Minaya del Orden de Nuestro Padre Santo Domingo, en compañía de otro Religioso llegaron a Tlaxcala con designio de visitar al muy Reverendo Padre Fray Martín de Valencia, Guardián que entonces era de aquel Convento y suplicarle como lo hizo el citado Padre Fray Bernardino, se sirviese darle algunos niños, que fuesen oriundos de aquella Ciudad y estuviesen instruidos así en los dogmas de nuestra Santa Fe, como en saber officiar el Santo Sacrificio de la Misa, por ser su ánimo llevárselos consigo para que enseñaran e impusieran en ellos a los que estaban recién convertidos y bautizados, entendiéndose esta súplica solo con aquellos que voluntariamente quisieran ocuparse en tal loable ministerio.

Oído este razonamiento por los Niños, que se hallaban presentes se resolvieron dos de ellos llamados Antonio y Juan (hijos de los Señores más nobles de aquel vecindario, muy hermosos y agraciados) a irse con los referidos Religiosos, como así lo ejecutaron, cogiendo por su compañero a otro Niño también principal nombrado

Diego.

CAPITULO 2o.

Cómo el R. P. Fray Martín de Valencia llamó a los Niños, y les dijo que se vieran muy bien en la resolución que habían tomado consultándola entre sí, por ser peligroso el camino que tenían elegido; y la respuesta que le dieron tan santa y admirable.

Llegado ya el tiempo en que los citados Niños tenían dispuesto su viaje y estando en términos de irlo a emprender, se llegó a ellos el Padre Fray Martín de Valencia y les dijo de esta suerte: hijos míos ved que vais a ajena tierra, sujetos al poder de los idólatras, que no conocen a Dios y por tanto me pesa y siento sobremanera el Martirio, que habéis de padecer, considerando igualmente que os quiten las vidas en el camino. Esto lo hago por el amor que os he cobrado, como que sois mis queridos hijos: por cuya causa quisiera que antes, que pusieseis en ejecución vuestros designios lo miréis con más madurez y acuerdo, respecto a que todavía hay remedio, una vez que no lo habéis ejecutado.

Mas ellos le respondieron de esta manera: Padre nuestro ¿Cuál fue la mente, que llevaste para enseñarnos la verdadera Ley de Jesucristo? Si no que diéramos las vidas por su amor ¿Pues no habrá entre todos nosotros, quien se atreva a sufrir lo riguroso del Martirio, una vez que ya estamos impuestos en los Dogmas de nuestra Sagrada Religión y de consiguiente resueltos a ir con los Padres voluntariamente y a recibir el Martirio, con la mayor sumisión y humildad? Dios desde "ab aeterno" tiene decretado el tiempo que hemos de vivir y así mismo

el día en que con nuestras vidas hemos de pagar la común deuda a la muerte. ¿Pues por qué no hemos de emplear, los días, que su Divina Majestad nos diere de vida en su servicio? ¿El no murió primero por nosotros? San Pedro no fue crucificado y muerto? ¿A San Pablo no le quitaron la cabeza? ¿Y a San Bartolomé no lo desollaron? ¿Pues por qué nosotros no hemos de rendir nuestras cervices al cuchillo y nuestros cuerpos al tormento en obsequio suyo.

Esta resolución fue nacida de lo instruido que quedaron estos Niños en el Martirio, que padeció el glorioso San Bartolomé, cuyo tratado les había enseñado su Maestro aquella semana y como que eran tan diestros y hábiles lo aprendieron y grabaron en su memoria y corazón, causando en ellos el efecto que hemos visto.

CAPITULO 3o.

De cómo, con la bendición del Padre Fray Martín de Valencia, se marcharon los Niños para el pueblo de Tepeyacac.

Convenido el Padre Fray Martín de Valencia de las razones que le habían dado los Niños, con harto dolor de su corazón les echó la bendición y comenzaron su viaje en compañía de los Religiosos Dominicos dirigiendo su jornada al pueblo de Tepeyacac, que dista de Tlaxcala poco más de diez leguas.

En este pueblo no había ninguna iglesia o convento, como en la actualidad lo hay, por estar sujeto al Curato o administración de Huejotzingo, de la que distaba como diez leguas; y así era preciso que para acudir a las necesidades espirituales, al citado pueblo, pasara un Religioso Franciscano cuando pueda, regresándose a la cabecera inmediatamente: siendo de advertir, que como

todavía estaba recién conquistado el referido pueblo permanecían en él los ídolos de que se hallaba lleno; pero éstos no los ponían sus moradores de manifiesto, sino que procuraban tenerlos ocultos porque no se los vieses.

CAPITULO 4o.

Fn que se refiere cómo luego que llegaron los Niños al pueblo de Tepeyacac, comenzaron a solicitar los ídolos para destruirlos; y no habiéndolos encontrado pasaron adelante.

Al punto que entraron los Niños en el pueblo de Tepeyacac con el Padre Fray Bernardino Minaya; les ordenó, que fuesen a buscar en todas las casas de aquel vecindario los ídolos, que pudiera haber y encontrándolos se los trajesen. Así lo ejecutaron ocupándose en esta solicitud tres o cuatro días, al cabo de los cuales no hallándolos, se aburrieron y pasaron a los pueblos de Tecali y Cuauhtinchán (que están una legua de distancia del de Tepeyacac) en donde les surtió efecto su pretensión; porque habiendo observado que en una casa estaban algunos de dichos ídolos llevados de un furor e ira divina, se determinaron a sacarlos, como veremos en el Capítulo siguiente.

CAPITULO 5o.

De cómo fueron muertos Antonio y Juan, por que quebraban y destruían los ídolos.

Luego que los vecinos del pueblo de Cuauhtinchán vieron, que estos benditos Niños procedían a la destrucción de sus falsos dioses, se juntaron algunos de los más principales, y de común acuerdo determinaron quitarles las vidas, como de facto así lo ejecutaron. Y fue el caso, que habiendo llegado Antonio al pueblo de Cuauhtinchán con algunos ídolos, que trajo del de Tecali, con ánimo de seguir solicitando los demás que hubieran en aquel, enderezó sus pasos a una de sus casas, con intento de buscar los que en ella pudieran hallarse y a quienes tal vez sus moradores darían adoración, y habiendo encontrado un muchacho, que estaba en la puerta cuidándola, dejó con él a su compañero Juan y se metió para adentro con ánimo de registrarla toda para ver si conseguía su pretensión.

Mas no le surtió efecto, porque al instante vinieron con gran furia dos Señores de aquellos, que se habían conjurado contra dichos Niños (quienes tenían la misma edad, que el bienaventurado Cristóbal) trayendo cada uno de ellos en la mano una raja de leño de encino y sin hablarle palabra a Juan lo asieron con la mayor crueldad, tirándolo en el suelo y dándole furiosos y repetidos golpes.

Luego que Antonio oyó el ruido le causó cuidado y saliendo inmediatamente para afuera, vio que aquellos inicuos y feroces hombres le estaban quitando la vida a su compañero con la mayor crueldad y fiereza, que se pueda imaginar y sin atemorizarse, ni mostrar cobardía, sino con extraordinario valor, les dijo de esta suerte: ¿Por qué causa le dais muerte a mi hermano sin que tenga culpa alguna; pues se halla inocente? Yo soy el que emprendí quitaros vuestros falsos dioses, porque estoy cierto que no son verdaderos, sino unos modelos o semejanzas de Lucifer y como tales no tienen poder alguno; sino que con sus sugerencias os tienen

engañados. Y así bajo el supuesto de que está indemne de delito alguno, dejadlo y no le quitéis la vida.

Pero no bastaron estas razones para aplacar la furia de aquellos infames hombres, porque cuando Antonio había ya acabado de pronunciarlas, ya le tenían quitada la vida al niño Juan y cual perros rabiosos se volvieron contra aquel, y dándole crueles y exorbitantes golpes lo dejaron muerto en el mismo lugar donde estaba su compañero. Siendo de admirar, que aun en medio de tan inaudito Martirio, no se rindió el invencible ánimo de este Niño; sino que se mantuvo firme implorando el Santo Nombre del Omnipotente y Sempiterno Dios.

Luego que anocheció determinaron aquellos alevosos hombres ir a arrojar los cuerpos de los Niños a una barranca muy profunda (en donde había cierta cantidad de agua) que estaba en el pueblo Tecali, como en efecto así lo ejecutaron, pensando que con este hecho quedaría sepultado en el olvido su delito, sin que lo llegara a saber persona alguna, por haberlo cometido tan secretamente.

CAPITULO 6o.

De las diligencias que se practicaron para buscar a los niños y de cómo se tuvo la noticia de sus muertes y los homicidas pidieron el Santo Bautismo.

Cuidadosos los Religiosos de Santo Domingo de ver que Antonio no parecía determinaron solicitarlo, así por haberles hecho cargo el Padre Fray Martín de Valencia, de que lo cuidasen y mirasen con amor como por las circunstancias que en él concurrían de ser sangre noble nieto de un Señor distinguido de Tlaxcala nombrado Xicohtécatl para lo cual hicieron las más

exactas diligencias valiéndose de un español, llamado Alvaro de Sandoval, que ejercía vara de justicia en el pueblo de Tepeyayac, a quien suplicaron se sirviese tomar las providencias convenientes, a fin de conseguir saber el paradero que había tenido este Niño.

En cumplimiento de la obligación, que por su empleo tenía Sandoval y del encargo que le hicieron los Padres, salió en solicitud de Antonio, practicando las más exquisitas diligencias para indagar con certidumbre cuál era el camino que había tomado y de hecho lo supo dirigiendo su marcha para él, y habiendo encontrado en una de sus barrancas el cuerpo del Niño que buscaba juntamente con el de su compañero, se regresó para el pueblo con el fin de darles aquella noticia a los expresados Padres.

Inmediatamente procedió a averiguar quiénes habían sido los agresores y luego que lo supo dio providencia, para que se aprehendieran sus personas, las que estando ya aprisionadas les preguntó ¿quién les había aconsejado, que ejecutaran los homicidios, que perpetraron en los citados Niños? Y les respondieron, que ninguno, **confesando de plano ser ellos los cómplices de semejante delito conociendo que así por él, como por el pecado tan gravísimo que habían cometido eran dignos de muerte; pero antes de que lo pagaran con sus vidas suplicaban se les diera el agua del Santo Bautismo.**

Se debe creer piadosamente, que esta súplica la hicieron movidos del arrepentimiento, que tenían de haber ejecutado tan atroces homicidios, y considerando también, que si se accedía a ello, como era regular, lograrían conseguir la salvación de sus almas, por la cual pedirían a Dios estos Niños, mostrándose agradecidos de haberle ido a gozar por medio del Martirio, que habían recibido.

No fue otro motivo de la conversión de estos alevosos hombres, que haber visto la mansedumbre con que aquellos inocentes Niños sufrieron la muerte tan cruel, que les dieron sin más causa que querer destruirles sus falsos dioses (como así lo declararon) porque los homicidas nunca habían oído la Palabra Divina, ni de consiguiente guardando los preceptos de nuestra verdadera Religión, como que eran unos perversos idólatras.

Mientras se estaba perfeccionando la sumaria contra los expresados reos, se trató de ir a sacar los cuerpos de los Niños del lugar donde estaban, como de facto así se hizo, conduciéndolos al pueblo de Tepeyacac y dándoles sepultura en una capilla donde se celebraba el Santo Sacrificio de la Misa, por no haber otra Iglesia en todo él.

La lamentable y lastimosa muerte de estos Niños fue muy sentida por los Religiosos Dominicos quienes la lloraron amargamente, multiplicándoseles la pena al considerar la que había de tener el Padre Fray Martín de Valencia, luego que llegara a sus oídos esta noticia tan infausta; pues se hacían el cargo de que le había de traspasar el corazón y sentir sobremanera a sus amados hijos por haberlos creado y educado enseñándolos con su doctrina y ejemplo.

CAPITULO 7o.

Del sentimiento que le causó al Padre Fray Martín de Valencia la noticia que tuvo de la muerte de estos Niños, y de cómo se consolaba considerando haberla recibido por Jesucristo.

Luego que el expresado Padre Fray Martín de Valencia tuvo la noticia del fallecimiento de sus queridos hijos (a quienes había creado e instruido en los rudimentos de nuestra Santa Fe, como ya se ha dicho) se le partió el corazón de imponderable dolor virtiendo copiosas lágrimas de sentimiento, así por lo mucho que los había amado, como por las lastimosas muertes, que sufrieron: haciendo una tierna recordación del día en que (con toda su voluntad y sin ser compelidos por persona alguna, previa la bendición, que les echó) se habían desprendido de él para ir a poner en ejecución sus saludables designios, teniendo presente que en aquel acto le manifestaron el gusto con que en cualquier evento estaban prontos a padecer el Martirio por Jesucristo; como lo habían sufrido San Pedro, San Pablo y San Bartolomé, creyendo, que si en ellos se llegaba a verificar desde luego estaban ciertos de que Dios se los premiaría.

Todas estas consideraciones lo confundían sobremanera y no podía contener el llanto que le causaban, porque le penetraba el dolor lo más íntimo de su corazón. Mas en medio de tan imponderable congoja, sé consolaba teniendo presente otros ejemplos de Niños, que a semejanza de sus amados hijos habían dado sus vidas por Dios logrando con este hecho la dicha de conocerlo y de consiguiente la de haber muerto confesando su Santo Nombre. Y últimamente le servía de lenitivo a su pena el acordarse que la causa de haberles dado la muerte a estos Niños, no fue otra, que la de intentar querer destruir los ídolos o modelos de Lucifer, para de ese modo evitar las innumerables culpas, que se cometían contra Dios.

CAPITULO 8o.

De la **pena capital** que se les impuso a los agresores por los homicidios que ejecutaron en los referidos Niños.

Por la narración de lo que paso a demostrar en este capítulo veréis fieles cristianos el paradero tan infausto, que tuvieron los alevosos homicidas que les quitaron las vidas a los niños Antonio y Juan.

Para que así los Religiosos de Santo Domingo, como el Padre Fray Martín de Valencia, quedasen satisfechos del modo con que los agresores les habían dado muerte a estos Niños: se determinó que aquéllos fuesen traídos a Tlaxcala con el fin de que declararan la verdad y circunstancias del caso en presencia del dicho Padre, comisionándose para que los condujeran a algunos indios, quienes en cumplimiento de lo que se les había ordenado pasaran por los reos al pueblo donde se hallaban.

Luego que el Señor de Cuauhtinchán y otros también principales supieron, que iban por los referidos agresores para llevarlos a Tlaxcala, se llenaron de gran temor considerando, que si acaso los descubrían serían castigados como cómplices en sus delitos. Y para evitar este daño, que les amenazaba se valieron de un español, que residía en el citado Pueblo, con el fin de que cuando pasaran por allí los delincuentes les diesen libertad, echándolos a huir y logrando por este medio el que no llegasen a Tlaxcala, pues de lo contrario eran perdidos: Y para que hiciera mejor su encargo le dieron cierta cantidad de oro y piedras de estimación, con cuya dádiva no dudaron del feliz éxito de su pretensión.

En efecto habiendo recibido el expresado español

aquella suma de oro y piedras, partió de ellas con otro hombre (que a la sazón estaba en aquel lugar y era uno de los que cuidaban o guarnecían la ciudad de Tlaxcala) con el fin de que no revelara el secreto, que se le había comunicado. Hecho esto se salió inmediatamente aquél para el camino a esperar que llegasen los citados reos, para quitárselos a los sujetos que los venían custodiando; pero no consiguió su intento: porque como quiera, que ya los conductores tenían noticia de la traición, que se les estaba fraguando, luego que llegaron al lugar donde se hallaba el español aguardaron a que éste les saliera de sorpresa, como así lo hizo y resistiendo su orgullo, estorbaron que pusiera en ejecución su designio, con lo cual quedó frustrado también el de aquellos Señores del expresado pueblo de Cuauhtinchán, reagrándoseles sus delitos, con haberse hecho público lo que tan secretamente habían acordado con el español.

A éste por la traición, que de acuerdo con aquéllos había intentado, **se le impuso la pena de azotes que se le dieron públicamente, quitándosele todo el oro, que había percibido** y quedando por consiguiente afrentado en recompensa de su delito.

Luego que en México se tuvo noticia de todo lo referido, se tomó por el respectivo Justicia, providencia, para que se le remitieran a los reos con la mira de darles el condigno castigo, que correspondía a sus delitos y en efecto habiendo llegado **se determinó, que fueran ahorcados así los principales agresores que perpetraron los homicidios, como el Señor de Cuauhtinchán y sus compañeros** por haber resultado de las diligencias con que se instruyó el Proceso, ser todos cómplices en las muertes, que se les dieron a estos Niños y especialmente el prenotado Señor, como que por su dirección se ejecutaron. **Termina el texto de Motolinía.**

Fsta historia, como llevo dicho, la escribió en castellano el Padre Fray Toribio Motolinía y yo Fray Juan Bautista la traduje al idioma mexicano, dividiéndola en distintos capítulos (con el fin de que no se mezclaran con la de el Martirio del Niño Cristóbal) arreglándola y poniéndola en método para que su lectura no fastidiara a los que se dedicaran a ella.

Y vosotros los moradores de esta Nueva España alegraos de haber tenido unos bienaventurados Mártires, como lo fueron estos Niños, y con mayor razón los de esta Ciudad de Tlaxcala, que fue su principal cuna, os debéis regocijar al ver que ya se llegó el caso de que hubiera habido, quien diera, como se verificó, las vidas por Jesucristo. Con esto ya no os imputarán los españoles, de que sois incrédulos, ni de que no os mantenéis firmes en la Fe; pues verán que en primicias de que en ella sois murallas inexpugnables, disteis a Dios los gloriosos y esclarecidos Mártires como fruto, que produjeron los árboles de sus amados padres. Su divina Majestad prospere vuestras vidas en las mayores felicidades, para que a imitación de dichos Mártires las deis por su amor, con cuyo hecho será imponderable el premio que de su liberal mano recibiréis.

Sea eternamente alabada reverenciada la Augustísima Trinidad, Dios Padre, Dios Hijo y Dios Espíritu Santo.

FIN